dados estamos que fuera de ella. Guarda á quien no solamente la heredad de Dios reverencia y conoce: pero aun la antigüedad, ciega de la lumbre de Fé, tuvo grande veneracion, dedicándole templos, y levantándole altares en nombre del génio, que así llamaban los antiguos al benditísimo Angel Custodio. ¡Jesus, y qué contínuos é inciviles truenos! ¡qué gruesa piedra! ¡qué perseverancia tan grande! Desde que yo vine á Castilla, nunca entendí que fuera tan sujeta á tempestades tan desatadas como las que muchas veces he visto, que en mi tierra, por ser llena de grandes montañas muy altas y sujetas á la fuerza de los vientos, no es tan de admirar que se vean estos tan arrebatados turbiones, mezclados con vientos y granizo. ¿De dónde es vuesa merced? dijo el ermitaño. Yo, señor, respondí, soy de Ronda, ciudad puesta sobre muy altos riscos y peñas tajadas, muy combatida de ordinario de ponientes y levantes furiosos; de manera que si fueran los edificios como estos, se los lleváran tormentas. Nunca he sabido hasta ahora, dijo el ermitaño, de dónde fuese vuesa merced, aunque le conocí en Sevilla, y le comuniqué en Flandes y en Italia. Miréle con cuidado, y haciendo refleccion, conocíle, que habia sido soldado donde dijo; holguéme, y abracélo, y supe de él que se habia retirado á la soledad de los montes algunos años á servir á Dios, y por haber enfermado se vino á poblado, ó cerca de él, á pasar la vida eremítica, dándole á Dios lo que le quedaba. Aunque la furia del argavieso no duró más de una hora, el agua que tras él se siguió duró sin cesar hasta el dia siguiente, con furia de vientos deshechos. El buen ermitaño se halló con carbon, encendió un brasero, é hízome quedar á comer con él, de lo que Dios le habia enviado por mano de gente muy devota, de que hay mucha abundancia en Madrid.

DESCANSO IX.

CERRADAS las puertas del humilladero, para defensa del viento, y encendido el carbon para la del frio, estaba el lugar abrigado y apacible, que el armonía que el aire hace con el ruido de las canales produce una consonancia agradable para las orejas y no para el cuerpo, que en esto se diferencia el oido del tacto, que hay cosas que tocadas son buenas, y oidas son malas, y al contrario. Comimos, y encerrados todo el dia con la oscuridad, la noche y dia fueron todo noche. Tornó el ermitaño á repetir su primera pregunta, y como estábamos ociosos, y encerrados, sin tener otra ocupacion, tratamos de lo que se nos ofreció. Preguntóme dónde habia estudiado, y cómo me habia divertido tanto por el mundo, siendo de una ciudad tan apartada del concurso ordinario, y que para la cortedad de la vida humana tiene bastantes y sobrados regalos para pasar con alguna quietud. Yo le respondí á todo lo que me preguntó: Aunque aquellos altos riscos y peñas levantadas, por la falta de la co-

municacion, despertadora de la ociosidad, y engendradora de amistades, no son muy conocidos; con todo eso cria tan gallardos espíritus, que ellos mismos apetecen la comunicacion de las grandes ciudades y Universidades, que purifican los ingénios, y los hinchen de doctrina, por donde hay vivos en este tiempo varones, con cuya salud se alegra, con tanta aprobacion de hombres doctos, que no tienen necesidad de la mia. Tuvimos allí un gran maestro de gramática, llamado Juan Causino, no de los que dicen ahora Preceptores, sino de aquellos á quien la antigüedad dió nombre de gramáticos, que sabian generalmente de todas las ciencias, doctísimo en las humanas letras, virtuoso en las costumbres, dechado que obligaba á que se las imitasen, las cuales enseñó juntamente con la lengua latina, en que hacia muy elegantes versos. Era naturalmente manco de ambas manos; pero de los más respetados y temidos á fuerza de virtud propia; lo cual grangeó con enseñar silencio más que hablar, porque decia él muchas veces que el hablar era para las ocasiones forzosas, y el callar para siempre. De esto, y la lengua latina, si no fuí de los mejores discípulos, tampoco fuí de los peores,

Estando yo razonablemente instruido en la lengua latina, de manera que sabia entender un epígrama y componer otro, y adornado con un poco de música, (que siempre han tenido entre sí algun parentesco estas dos facultades), por la inquietud natural que siempre tengo y he tenido, quise ir á donde pudiese aprender alguna cosa que me adornase y perfeccionase el natural talento que Dios y naturaleza me habian concedido. Mi padre, viendo mi deseo é inclinacion, no me hizo resistencia, ántes me habló á su modo con la sencillez que por allá se usa, diciendo: Hijo, mi costilla no alcanza á más de lo que he hecho, id á

buscar vuestra ventura, Dios os guie y haga hombre de bien; y con esto me echó su bendicion, y me dió lo que pudo, y una espada de Bilbao, que pesaba más que yo, que en todo el camino no me sirvió sino de estorbo. Partíme para Córdoba, aunque llegué entero, que es donde acude el arriero de Salamanca, y allí vienen de toda aquella comarca los estudiantes que quieren encaminarse para la dicha Universidad. Fuíme al meson del Potro, donde el dicho arriero tenia posada, holguéme de ver á Córdoba la llana, como muchacho inclinado á trafagar el mundo. Fuíme luego á ver la Iglesia mayor, por oir la música, donde me dí á conocer á algunas personas, así por acompañar á mi soledad, como por tratar gente de quien poder aprender; que realmente con la poca esperiencia y haberme apartado poco habia de mis padres y hermanos, acto que engendra encogimiento en los más gallardos espíritus, viendo que en aquella ausencia era forzoso, y que la fortuna nos acomete en cobardía, animéme lo mejor que pude, diciendo: la pobreza me sacó, ó por mejor decir, me echó de casa de mis padres, ¿qué cuenta daría yo de mí si me tornase á ella? Si los pobres no se alientan y animan á sí propios, ¿quién los ha de animar y alentar? Y si los ricos acometen las dificultades, los pobres ¿por qué no acometerán las dificultades, y aun los imposibles, si es posible? Enternézcome con la memoria de mis hermanos; pero esta se ha de olvidar con el deseo de poderles hacer bien; y si no pudiere, á lo menos habré hecho de mi parte lo posible y obligatorio. No se vienen las cosas sin trabajo; quien no se anima de cobarde, se queda en los principios de la dificultad; si no hago más que mis vecinos, tan ignorante me quedaré como ellos; ánimo, que Dios me ha de ayudar. Fuíme á mi posada, ó á la del meson del Potro, y púseme á comer lo

que yo pude, que era dia de pescado: en sentándome á la mesa, llegóse cerca de mí un gran marchante, que los hay en Córdoba muy finos, que debia ser vagamundo, y me oyó hablar en la Iglesia mayor, ó el diablo hablaba en él, y díjome: Señor soldado, bien pensará vuesa merced que no le han conocido, pues sepa que está su fama por acá esparcida muchos dias há. Yo soy un poco vano, y no poco: creímelo, y le dije: Vuesa merced ¿conóceme? Y él me respondió: De nombre y fama muchos dias há, y diciendo esto sentóse junto á mí, y me dijo: Vuesa merced se llama N. y es gran latino, poeta y músico: desvanecíme mucho y convidélo si queria comer: él no se hizo de rogar y echó mano de un par de huevos y unos peces, y comiólos; yo pedí más, y él dijo: Señora huéspeda (porque no posaba en aquella posada) no sabe vuesa merced lo que tiene en su casa; sepa que es el mas hábil mozo que hay en toda la Andalucía: á mí dióme más vanidad, y yo á él más comida, y dijo: Como en esta ciudad se crian siempre tan buenos ingénios, tienen noticia de todos los que hay buenos en toda esta comarca. ¿Vuesa merced no bebe vino? No señor, respondí yo. Hace mal, dijo él, porque es ya un hombrecito, y para caminos y ventas, donde suele haber malas aguas, importa beber vino, fuera de ir vuesa merced á Salamanca, tierra frigidísima, donde un jarro de agua suele corromper á un hombre: el vino templado con agua dá esfuerzo al corazon, color al rostro, quita la melancolía, alivia en el camino, da corage al más cobarde, templa al hígado, y hace olvidar todos los pesares: tanto me dijo del vino, que me hizo traer de lo fino media azumbre, que él bebiese, que yo no me atreví. Bebió el buen hombre, y tornó á mis alabanzas, y yo á oirlas de muy buena voluntad, y al sabor de ellas á traer más comida, tornó á

beber y á convidar á otros tan desengañados como él diciendo que yo era un Alejandro, y mirando hácia mí, dijo: No me harto de ver á vuesa merced, que vuesa merced es N. Aquí está un hidalgo, tan amigo de hombres de ingénio, que dará por ver en su casa á vuesa merced doscientos ducados.

Ya yo no cabia en mí de hinchado con tantas alabanzas, y acabando de comer, le pregunté quién era aquel caballero. Él dijo: Vamos á su casa, que quiero poner á vuesa merced con él. Fuimos, y siguiéndole aquellos amigos suyos, y del vino, y yendo por el barrio de San Pedro, topamos en una casa grande un hombre ciego, que parecia hombre principal, y riéndose el bellacon, me dijo: Este es el hidalgo que dará doscientos ducados por ver á vuesa merced. Yo corrido de la burla le dije: Y aun por veros á vos en la horca los diera yo de muy buena gana. Ellos se fueron y yo quedé muy colérico y medio afrentado con la burla, aunque dijo verdad, que el ciego bien diera por verme cuanto tenia. Esta fué la primera baza de mis desengaños, y el principio de conocer que no se ha de fiar nadie de palabras lisonjeras, que traen el castigo al pié de la obra. ¡De qué podia yo envanecerme, pues no tenia virtud adquirida en que fundar mi vanidad! La poca edad está llena de mil desconciertos y desalumbramientos; los que poco saben fácilmente se dejan llevar de la adulacion. Yo me dejé engañar con aquello que deseaba hubiera en mí, pero no es de espantar que un hombre sencillo y sin experiencia sea engañado de un cauteloso; mas será digno de castigo si se deja engañar segunda vez. No tenia de qué correrme por lo hecho, sino de qué aprender para adelante á desapasionarme de las cosas del mundo; pero al fin me lastimó la burla de manera, que no siendo amigo de venganzas, quise probar la mano. á ver si sabria dar una

traza para que me la pagase aquel burlador. Habia otros estudiantes esperando al mismo arriero, híceme camarada con ellos, y comenzamos á pasear juntos. Yo me quité el vestido de camino y me vestí una sotanilla y ferreruelo negro de muy gentil ventidoseno de Segovia, y trújelo de manera, que los estudiantes lo conociesen bien, y luego me torné á poner de camino. El bellaco del burlador vino á la tarde, riéndose mucho, y yo más, porque no entendiese que me habia corrido; díjele: que queria por mi amigo á hombre de tan buen gusto, y entre los dos y sus amigos reimos el disimulo con que habia comido y hablado. Él tenia conocimiento, no muy sencillo, en una casa donde se daba de comer razonablemente, y á precio convenible, y así me dijo, que queria que comiese yo allí siempre, porque nos harian cortesía; yo le dije: Sí haré, con tal que vuesa merced coma conmigo, pero estoy esperando un mercader que acude á las ferias de Ronda, para quien traigo una libranza de cien ducados, y hasta que él venga, no lo puedo pasar muy bien. No le dé á vuesa merced pena, dijo él, pensando que tenia lance, que yo haré que le fien cuanto quisiere. Eso no, dije yo, que tiemblo de tratar de fiar, ni ser fiado, que por ahí se perdió mi padre. Yo le daré á vuesa merced una muy gentil prenda sobre que nos fien, hasta que venga este mercader. Sea en hora buena, dijo el buen hombre. Fuíme á mi casa, y doblando muy bien aquel ferreruelo de ventidoseno, llaméle á solas, de que él se holgó mucho, y díselo para que le llevase por prenda; yendo yo con él, vísele dar, y comenzamos á comer sobre él, el bellacon y los dos estudiantes, y yo estuve siempre alerta, que no pudiese entrar sin mí á la casa donde comíamos, porque no me hiciese alguna treta, como lo tenia pensado, que de la mia no tenia sospecha. Vino el arriero de Salamanca, y tratamos de

irnos. El redomazo, como no pudo hacer treta con el cuidado que yo tenia, á lo menos pidióle á la buena mujer una docena de reales sobre el ferreruelo, porque dijo que queria ir fuera: no pudo decírselo sin que yo lo entendiese; díjele: Pues se va fuera vuesa merced, dígale á esa señora que si yo viniere por el ferreruelo con el dinero, me lo dé. Y así lo hizo, que su intencion era desaparecerse hasta que se hubiese ido el arriero, y quedarse con la prenda. Desaparecióse, y yo fuí á un juez, y le dije con gran sentimiento y palabras que pudieran moverle, que como habia sido estudiante, era fácil el persuadirle, quejándome: Señor, yo soy estudiante, y estoy de camino para Salamanca; habiendo quince dias que estoy aquí esperando al arriero, hanme hurtado un ferreruelo que me llegó á veinte ducados, tengo noticia que está en cierta casa, suplico á vuesa merced porque no me desavie de ir con el arriero, pues sabe vuesa merced, como tan gran estudiante y letrado, en qué caen estas cosas, me mande con justicia restituir el ferreruelo, que el que lo hurtó guardó al punto crudo, porque me faltase tiempo para cobrarlo, y gozar mas de su bellaquería. No le valdrá, dijo el juez, que á semejantes trazas sé yo acudir con justicia y diligencia. ¡Qué grande maldad que á un pobre estudiante, que quizá no llevaba otra cosa con que honrarse en Salamanca, le querian desaviar quedándose con su hacienda hurtada! Dió luego á un alguacil y escribano comision para que hiciese la diligencia. Yo repartí entre los dos ocho reales, con que se les encendió el deseo de cumplir con lo mandado por el juez. Fuí con los dos estudiantes á la buena mujer, Dios me lo perdone, y dejando á la puerta el escribano y alguacil, díjele que me sacase el ferreruelo. Sacólo, viéronlo los estudiantes, y conocieron ser el mio. Entraron el alguacil y es-

cribano, y tomados los testigos, la mujer dijo: que no queria dar el ferruelo, sino á quien se lo habia empeñado, que era un conocido suyo, hombre muy honrado. El escribano se hizo depositario de él, y en llegando al juez con la informacion, mandó entregarme mi ferreruelo, dando mandamiento de prision contra el bellaconazo, que si antes no parecia por lo que queria hacer, despues no pareció por lo que queria hacer con él. Fuímonos con el arriero, y habiendo comido á costa suya, lo dejamos en este trance, con que reimos todo el camino. No alabo yo el haber hecho esta pesada burla, que al fin fué venganza, cosa indigna de un valeroso pecho, y que realmente en esta edad no la hiciera; pero quien hace mal á quien no se lo merece, ¿qué espera sino venganza y castigo? Estos hombres vagamundos y ociosos, que se quieren sustentar y alimentar de sangre agena, merecen que toda la república sea su fiscal y verdugo.

El ocioso siempre piensa en hacer mal, ó en defenderse del que ha hecho, y en no pensando en esto, está triste y melancólico. La melancolía facilísimamente acomete á los holgazanes. ¡Qué contento queda uno de estos cuando ha puesto en ejecucion una maldad, y qué presto vuelve á estar en su mala intencion! La misma vida que trae el ocioso, lo trae arrastrando: por más infelice tengo á un hombre ocioso, que á un enfermo; porque éste tiene esperanza de salud, y la procura con todos los medios posibles; mas los ociosos y vagamundos nunca desean salir de su mal estado: como el que está en galeras muchos años no se halla fuera de aquella miseria, así el ocioso, en ocupándolo, no se halla fuera de su ruin vida. ¡Qué disgustos pasa cuando juega y pierde! ¡Qué desesperacion siente cuando vé á los virtuosos bien puestos! ¡Qué carcoma infernal le acomete cuando se vé incapaz de merecer

lo que el otro alcanza! Dios nos libre de tan abominable vicio, orígen y principio de pobreza, poca estimacion, olvido de la honra y ofensa de la Magestad de Dios.